



Publicaciones de la Biblioteca Nacional de Quito

ISAAC J. BARRERA

BIBLIOTECA NACIONAL DE QUITO

# EPISTOLARIO

DE

# MONTALVO

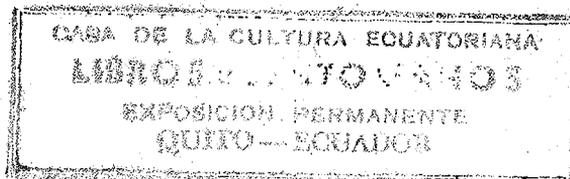
---

QUITO

Imprenta Nacional

1927





## Epistolario de Montalvo

---

Desde hace algún tiempo el nombre de Montalvo viene sonando en el Ecuador, depurado de los antiguos odios y de los entusiasmos inconscientes. Con el transcurso de los años, las pasiones han ido apagándose lentamente, hasta dejar paso a la llama vivaz del pulcro y encendido estilo de Montalvo. Tal vez ha contribuído también para esta reacción la vergüenza de ver como esta figura sin par en la literatura ecuatoriana venía ensalzada por los prohombres de las letras del mundo hispanoamericano, mientras nuestra mediocridad vergozante procuraba ignorar aquel mérito ilustre.

Montalvistas y no montalvistas, liberales y conservadores; los unos para ensalzar sin examen ni restricciones; los otros para menospreciar iracundos sin que hubieran leído las páginas inmortales. Cuando alguno diseñaba la voluntad de estudiar esta figura prócer y la obra ciclópea, los discípulos intransigentes se ponían en guardia como ante un enemigo, a tal punto que el nombre del escritor iba convirtiéndose en un mito, en tanto las obras estaban ignoradas porque escaseaban las ediciones.

Pero de pronto, manos capaces removieron el estancamiento. Rodó el guía de un americanismo proficuo y el maestro en el escribir armonioso y ponderado, puso a Montalvo entre los hombres máximos del Continente: fijó, en páginas de bellísima factura, el valor del hombre, como perteneciente a una tradición fecunda para el porvenir, y el del escritor que se formó un estilo inconfundible y propio, audazmente revolucionario para su época e inimitable para siempre. Porque, fué Montalvo, sin duda alguna, el que vació, antes que todos, vino nuevo en los odres viejos, el que indicó nuevas maneras de clausular las frases, el que puso espíritu y nervios en los períodos monótonos de la prosa castellana de su tiempo.

Hemos entrado en el período de las reparaciones. El Ecuador sabe a ciencia cierta que se encuentra ser el feliz poseedor de una gloria incontrovertible. En los Ateneos de los conventos, dígase para público reconocimiento de esta tolerancia de feliz augurio, se hace el elogio—sin restricciones—de Montalvo. El más cultivado de nuestros escritores, Zaldumbide, se empeña por reeditar en París las obras ya agotadas. El generoso y entusiasta escritor venezolano Blanco Fombona estudia con apasionado cariño a Montalvo y prologa una nueva edición de los **Siete Tratados**. En París se coloca una lápida en la casa en que murió el escritor, y habla allí, con verbo de profeta ante el precursor desaparecido, Unamuno, como también hablan Martintenché y Waleffe.

Después, como necesaria y justa repercusión, se han multiplicado los homenajes: la Municipalidad de Ambato; la revista **América** y el Presidente Ayora; el Colegio Bolívar, en el hermoso número de **Cultura** editado en estos días; y la Municipalidad de Cuenca, de la culta ciudad ecuatoriana que parecía estar tan lejos de Montalvo, ha publicado también, con ocasión del 95 aniversario del nacimiento del escritor, las cartas que Montalvo dirijiera al liberal conquense, don Federico Malo.

La edición de estas cartas me ha dado tema para estas líneas. Ahora que se reivindica plenamente gloria tan grande y que los ecuatorianos nos ponemos de acuerdo para celebrarla, sería bien que además de la estatua y del museo y de las nuevas ediciones, se tratara de poner en claro, en toda su amplitud, esta gran figura. Y para ello es absolutamente necesario, aun para comprender en todo su alcance la obra del estilista, del polemista y del político, que se conozca lo íntimo, lo anecdótico de su vida. Todavía viven compañeros y discípulos de Montalvo que le asistieron en variados trances, que fueron testigos de sus aventuras de altivez y de dolor. De Montalvo íntimo poco conocemos. Las referencias que hace Roberto Andrade en **Montalvo y García Moreno** y en **Pacho Villamar**, lo poco que contó Moncayo y los que nos dijo Yérovi en escrito biográfico que se lo debe también reeditar.

Por esto llega a tiempo la iniciativa de la Municipalidad de Cuenca, que ha tenido el acierto de hacer prologar la edición de estas cartas al ex-Presidente, de la República, doctor Alfredo Baquerizo Moreno, escritor también y de alta valía. **Los Amigos de Montalvo**, o más bien el Municipio de la ciudad en la que nació el escritor, deben recoger todo lo concerniente a la ilustración de tan gran vida. Lo publicado en Cuenca puede servir de base para el Epistolario completo; pues que si hay alguna persona o corporación con voluntad suficiente para reunir el gran número de cartas que seguramente escribió Montalvo, la obra sería copiosa y vendría a poner en claro muchos puntos de la vida del hombre. Porque, si en verdad se han escrito estudios y ensayos acerca de la obra del notable estilista, el conocimiento de su vida permanece fragmentario y falseado. Una falsa leyenda le acompaña; leyenda de altivez atrabiliaria, de orgullo y desagrado. ¿Es verdad esto? Episodios conozco de la vida de Montalvo que nos muestran su exquisita sensibilidad y su manera irónica de ver las cosas del mundo, sus pompas y vanida-

des. Don Roberto Andrade, que nos debiera dar las Memorias de su agitada vida, en la que ha tenido que ver con tantos hombres notables del Ecuador y de América, sabe muchas anécdotas de la vida de Montalvo que harían conocer de cuerpo entero y de alma entera al célebre ambateño. Montalvo había salido al destierro la primera vez y fué a Ipiales, bien recomendado sí, pero escaso de dinero. Un colombiano generoso le hospedó en su casa y le rodeó de consideraciones; pero ya se ha dicho que es muy amargo el pan del ostracismo. Nada le faltaba en la casa en que había sido recibido; pero le sobraban dolor y humillación. Un día salió y se perdió en el campo, a la ventura. Las horas pasaban, había llegado la de almorzar y Montalvo no aparecía. El dueño de la casa, por mayor solicitud fué en su busca, y preguntando a unos y a otros llegó al lugar solitario y agreste que había buscado el desterrado. Don Juan estaba allí, sentado en la grama, con la cabeza entre las manos y anegado en llanto. Lloraba tal vez de ira y de dolor; recordaría a los suyos, querría otear los montes de su Patria y el caudal incontenible de lágrimas lenificaría su recuerdo, cuando sintió los pasos amigos, pero que venían a sorprenderle en su desfallecimiento de combatiente, y entonces fué el reaccionar iracundo. Se volvió, mas, las lágrimas se secaron al calor de la ira: ¿Por qué me persigue usted? le preguntó a su amigo e irguiéndose adusto se le juntó y volvió a la casa para despedirse de ella.

En otra vez llegó a aliviar la amargura del destierro una familia ecuatoriana que fué a vivir en Ipiales. Fuera de la propia tierra no se necesita de parentesco ni de amistad previa para consagrarse la más efusiva estimación: el recuerdo de la Patria ausente es un filtro y un lazo de cariño. Don Juan pasaba largas horas en casa de dicha familia, en donde era recibido con el más afectuoso respeto. Cierta día, después del acostumbrado palique, se despedía, cuando la señora, su paisana, notó que el pantalón de don Juan tenía una feroz desgarradura. Pero, don Juan, le dijo; que poca

confianza la suya; por qué no me lo ha dicho, y en un santiamén estaba compuesto ese pantalón. Déjelo, doña Alegría (que así se llamaba la paisana); lo roto significa descuido, mientras que lo remendado es pobreza.

Estas y otras anécdotas darían la verdadera expresión de su figura; pues que, como lo ha hecho notar el Dr. Baquerizo Moreno, sólo las leyendas que desfavorecían a Montalvo, malévolas, se propalaban por sus enemigos. Según ellas, Montalvo era un hombre orgulloso, sin afectos y desagradecido; por mucho que sus buenos sentimientos estén pregonando varias de sus obras.

En esta misma recopilación de cartas, hecha por la Municipalidad de Cuenca, se puede leer una del 11 de mayo de 1886 que dice: "Ha quedado huérfana una pobre señorita de Quito, y se ve obligada a irse sola. Si va algún compatriota nuestro, o algún conocido, deseo recomendarla". En **Repertorio Americano** publicó García Monge, una carta de Montalvo, dirigida desde París el 6 de febrero de 1882 a nuestro compatriota Federico Proaño, quien por entonces residía en San Salvador. "En habiendo ventajas para su porvenir, le decía, no vacile Ud. en complacer al señor Macay: váyase a las minas; de allá puede Ud. salir para Europa. Mas le aconsejo que nunca se venga Ud. con poco ni a la ventura: padecerá lo que estoy padeciendo. A Eloy le he pedido ya un pasaje para junio: me parece que, sobre que no cuento con medios seguros de subsistencia, no tiene ya objeto mi permanencia en Europa: los tales libros se quedarán inéditos: así lo quiere la suerte. . . . ."

Estos y otros rasgos sería necesario ir espigando para penetrar en la complejidad de este carácter orgulloso, pero no soberbio; que vivía "como un santo" por lo pobre, pero que no consentía que se demorara el pago de una deuda precisa. No le es indiferente la opinión que los lectores forman de sus escritos; por el contrario, es muy sensible a los juicios y demostraciones "que tan en oposición están con la guerra infame que me hacen los

clérigos y los terroristas del Ecuador; guerra de mentiras y difamaciones. Pero el que cae en mis manos, queda muerto.....” (Carta del 26 de febrero de 1885).

Estas cartas publicadas hoy, pueden servir de base para un magnífico Epistolario, con las que guarda la Biblioteca Nacional de Quito, con las que seguramente conservarán los viejos liberales que viven o las familias de los que han fallecido, además de otras muchas que andan ya publicadas en revistas y periódicos. Falta la mano diligente que las reúna. No será empresa fácil; pero el cumplimiento sería provechosísimo para las letras patrias.

Montalvo tenía que ser un fecundo corresponsal: la mayor parte de su vida pasó en el destierro, pero con el ojo avizor y el oído atento a lo que ocurría en su pequeña Patria; razón por la que le era indispensable comunicarse con sus amigos, darles instrucciones, participar sus afanes, opinar acerca de los hombres y de los acontecimientos, confiar secretos, hacer confidencias.

En diciembre de 1875 escribe desde Ipiales a su amigo Rafael Portilla; le manifiesta que desea regresar al Ecuador, después de siete años de destierro. García Moreno ha muerto y Borrero le ha hecho insinuaciones para que regrese. “En siete años, dice, bien apastusado debo de estar”. Encarga a su amigo le prepare alojamiento “correspondiente al decoro que debo guardar en mi posición. Yo de mi genio soy inclinado a lo espacioso y decente: ahora se añade la necesidad de colocarme bien. No me gustan esas casitas para un hombre solo: quisiera un buen departamento en una casa habitada por una familia honesta”.

En las cartas que corren impresas y en las que he podido consultar va la anécdota concerniente al escritor al par de nuestra historia.

En 1876 un golpe de cuartel derriba a Borrero y entrega el poder a Veintemilla. Aunque el origen fuera tan impuro, los políticos liberales se apresuran a rodear al General victorioso. Urbina estuvo en la campaña de Galte y los Molinos y Alfaro le sirvió de edecán.

Legalizada la revolución, Pedro Carbo, un verdadero apóstol del liberalismo, fué Ministro de Veintemilla. Montalvo mismo calló reservado y permaneció en la expectativa de lo que iba a acontecer. Veintemilla no era un soldado obscuro ni menos vulgar: tenía noble prosapia, había viajado por Europa; era hombre de continente marcial y agradable; pero no supo asimilar una idea para su gobierno, que fué de un personalismo bullanguero, de corte bizantina, de fiestas y entorchados.

Desde 1877, Montalvo que se encontraba en Ambato, supo a qué atenerse y dió la voz de alarma, por medio de un escrito fuerte y vibrante, como todos los suyos. "Guárdele el cielo a este país de seguir en manos de ese bárbaro", decía. Los liberales que sabían que Montalvo era el mejor baluarte para la oposición y que temían con justicia de la desorbitada venganza del mandatario, le instaban porque se fuera a Ipiales, "parece que temen alguna acción del Capitán". Montalvo se alista para el viaje, pero encarga el secreto. "Don Ignacio es hombre que me puso un malvado atrás cuando me desterró a Panamá: sin los avisos secretos y las precauciones de los amigos, no sé lo que hubiera sucedido. Tomó el pícaro su pasaje para Panamá; pero le botaron en Esmeraldas, amenazándole con entregarle a la justicia en Tumaco. Ya ven ustedes cuál debe ser la reserva: ahora más que nunca tienen ustedes que velar por mí".

Se irá a Ipiales, pero no oculto y como de fuga, "si no como quien quiere ver a sus amigos de Ipiales; y, si es posible, dando a luz al paso un "Regenerador"; como que bien pudiera permanecer en Quito diez o doce días, antes de que llegasen las instrucciones del Mariscal". En esta carta, que es de agosto de 1877, añade una curiosa noticia: "Han de saber ustedes que algunos clérigos han dado en mirarme con ojos de esperanza: sé que dicen que yo he de ser su protector. ¡Qué fenómenos!"

Pero este proyectado viaje no pudo verificarse sino en 1879, a lo que parece; pues el 29 de octubre de ese año, escribe desde Ipiales largamente acerca de la situa-

ción política del Ecuador y comunica que los pueblos del Norte, desengañados de Veintemilla, se han puesto abiertamente en su contra, por lo que con frecuencia hay gritos sediciosos de “¡Muera el mudo!” “¡Muera el ladrón!” “Así he puesto a estos pueblos en cuatro días”, dice, y continúa pidiendo datos, pero comprobados y verídicos, acerca de los cargos que públicamente se hacían al mentado General, por tropelías, despilfarros y apropiación de fondos públicos.

Por este tiempo se prepara a irse a Panamá con el objeto de publicar las “Ocho Catilnarias” o “La espada de dos filos”; pero para la publicación encuentra una grave dificultad. Oigámosle: “He aquí un punto singular. Debo al Mudo doscientos pesos, que se los pedí fiados en París en un terrible aprieto, y en mala hora. Hasta ahora no he podido tratarle como se le debe tratar, a causa de ser deudor suyo, aunque de esa miseria. Quedando yo solventado de ese amargo recuerdo, ya podré echarle a los perros todo él despedazado, como lo exige la pobre patria moribunda. Mi viaje a Panamá no será infructuoso, pues mi ánimo es dar allí media docena de folletos que le dejen para los gusanos al malhechor. Eloy piensa también que esto es necesario, para venir a las manos”. Sigue en consideraciones acerca de la urgencia de pagar esa deuda para emprender en la publicación.

Ya sabemos que las *Catilnarias* se publicaron y cuál fué el efecto de ellas; lo que no impidió que Veintemilla, terminado el período constitucional, se declarara en Guayaquil Jefe Supremo, el 2 de abril de 1882, a las tres de la tarde. Hasta entonces la administración de este General había sido fastuosa y de opereta; desde este momento va a volverse trágica. El Ecuador, contenido ante el fantasma de la legalidad y en la esperanza de que se terminara el período presidencial para encontrar una nueva y mejor administración, se levantó airado, fulminó protestas y se lanzó a las armas para combatir la dictadura ominosa: pues que no había razón para cohonestarla.

La oposición que se diseñó desde los primeros momentos, había crecido violenta hasta el último instante; pero se contenía de estallar en revolución porque columbraba la salida. Mas, por esto mismo, la decisión estaba tomada de antemano, si Veintemilla no dejaba el poder en la época fijada por la ley, el pueblo lo exigiría con las armas en la mano. El Presidente sabía cuál era la resolución del pueblo, pero confiaba en la ciega adhesión de su ejército. En ningún tiempo la tropa ha visto más bien cuidada su buenamozura que en éste en que se la pagaba bien, se la vestía elegantemente y tenía frecuentes ocasiones de fiestas para lucir su marcialidad. Los célebres **cachudos**, temor de los campos, eran la admiración de las ciudades por su aire y apostura. Los jefes, oficiales y soldados tenían la más rendida adoración por Veintemilla; más que caudillo era ídolo. Muchos años después de la caída de este dictador aparatoso, cuando llegaba la fecha en que la iglesia católica conmemora a San Ignacio, los viejos soldados de la época de Veintemilla, ponían el retrato de éste como la imagen de un santo, en un retablo, con flores y con luces. Yo lo he visto.

La oposición de la prensa, con todo de las duras medidas de represión, era vigorosa y tenaz, encendiéndose por todas partes, ya en la Capital de la República o ya en las apartadas Provincias, desde las cuales se traía aprisionados a los periodistas, a algunos de los cuales se les infamó bárbaramente. Llegado el momento temido y esperado de pronunciarse la dictadura, los partidos políticos se unieron como por encanto y en todos los rincones de la República se levantaron grupos revolucionarios.

Fué la famosa **Restauración**. Veintemilla confiaba demasiado, equivocadamente, en sus soldados; porque si bien la adhesión era idolatría y representaban la fuerza, la realidad, los hechos, hay que convenir en que las ideas, al parecer inofensivas, despreciadas al enunciarse, van poco a poco penetrando en el alma de las multitudes y convirtiéndose en otra fuerza que contrabalancea a la

primera para acabar por sustituirla. En todas partes se levantaban partidas revolucionarias; los hombres más pacíficos con el contagio del fluido magnético de entusiasmo y patriotismo, se iban a la revolución. Esmeraldas se pronunció contra el dictador el 6 de abril, cuatro días después de la proclamación en Guayaquil y sin esperar conexión con ninguna otra provincia. Alfaro fué el alma de la revolución en la costa. En la sierra, Salazar era el militar de Escuela, Sarasti el guerrillero afortunado e inteligente, y Landázuri el guerrillero ignorante, basto, pero temerario y milagroso, hasta subyugar a las multitudes.

Un día, en Imbabura, un bizarro batallón dictatorial descansa en un cuartel. Landázuri, vencido hacía poco, había desaparecido; pero de pronto corre el rumor de que Landázuri se acerca a la ciudad, en que se encontraba nuestro florido batallón, el cual pierde la cabeza ante la noticia, desocupa el cuartel y se retira con dirección a Quito a la desbandada, como en derrota y sin darse tiempo siquiera para recoger a su jefe. El primer Jefe, en efecto, había estado paseando tranquilo por las afueras de la población y precisamente por el lado por el que debía entrar Landázuri. Al saber la aproximación de éste no tiene más tiempo que para encaramarse en un árbol. Landázuri lo sabe, y cazurro, burlón y sanchopancesco, pide una bodoquera, dispara contra el infeliz que se hallaba muerto de miedo, el cual al sentir el proyectil cree hallarse gravemente herido y cae del árbol.

Esta era una de las proezas menores de aquel héroe popular. La relación de sus hazañas; la de tomarse un cuartel él solo o acompañado de una chusma armada de palos, la de derrotar a un batallón con un puñado de hombres, la de levantar una revolución más poderosa después de una derrota, la de aparecer en el momento en que menos se pensaba en todos los lugares, era lo demás. Fué el verdadero héroe popular, que espera al novelista para que cuente esa epopeya.

Estas proezas y las de los ejércitos de la costa y del centro corrían por todas partes, se contaban en todos los pueblos y aldeas, cuyos habitantes, ayer pacíficos agricultores, ardían hoy en deseos de ir a la revolución. Hasta hubo el cantor popular que con sus cantos de episodios de guerra, altisonantes, de ingenua y parva sentimentalidad, contribuía a mantener el férvido temblor. El patriotismo estaba en la revolución y la sugestión debía ir irremediabilmente hasta ganar la tropa de la dictadura, que gradualmente iba decayendo en ánimo y preparando la derrota.

Montalvo hizo la revolución, mientras Alfaro era el brazo ejecutor. El año 1882 fué el de la revolución constante, bien que en la mayor parte de los combates salían vencedoras las fuerzas dictatoriales. Montalvo que se había dirigido a Panamá para imprimir las **Catilinarias**, pasó poco después a París. Hay que decir que para este viaje, como en muchas otras ocasiones, el auxilio de Alfaro era constante. El 3 de noviembre del citado año de 1882, habla Montalvo en sus cartas de las noticias que le han llegado de una invasión por el Norte. "Yo supongo, dice, que Alfaro habrá ido a dar allá, pues a Panamá no ha vuelto".

Montalvo seguía con toda atención los movimientos de su lejana Patria y, como se ha visto, era el ariete que iba derruyendo la fortaleza dictatorial. Pero no sólo esto; para los liberales ecuatorianos, Montalvo era el jefe nato, haciendo de esta manera la distinción precisa entre el caudillo y el político; pues mientras Alfaro se levantaba en armas o más bien dicho se constituía en acción, Montalvo era la idea, que en definitiva debía triunfar. En este concepto los liberales ecuatorianos urgían a Montalvo para que regresara al Ecuador y dirigiera los importantes acontecimientos que iban a venir, no solamente para alcanzar la caída de Veintemilla, sino también para que el gobierno de la República quedara en manos del partido liberal. Después de la entrada de las fuerzas revolucionarias en Quito, la necesidad del regreso del escritor era impostergable y así

lo hacían saber los amigos, quienes le llamaban con la mayor urgencia, hasta que el 16 de abril anunciaba que se embarcaría en Inglaterra. “Antes me hubiera ido; un compromiso de honor me ha imposibilitado; pues no podía irme sin pagar el libro que he hecho imprimir aquí. Ahora mismo quedará abandonado, por falta de medios para concluirlo, y porque urge el tiempo, ya que ustedes creen que mi presencia allá puede servir para algo. Un tal Macay, quien me sacó de Ipiales, diciéndome en repetidas cartas que él quería tener la honra de contribuir para la publicación de mis obras, es el que me ha puesto en esta situación, que ha sido un verdadero conflicto; pues ese mal hombre ha faltado en todo y Eloy nada ha podido mandarme. Felizmente he podido hacer un arreglo con el impresor, quien se conviene con esperar; pero quedan inconclusos los “Siete Tratados”. Queden pues como quiera; nada es antes que la suerte de la República. Ojalá llegara yo a tiempo para coger allí al malhechor; la horca quedaría de ejemplo para los malvados de su linaje. Mucho temo que Alfaro se deje influir por su corazón de madre. Yo me embarcaré el 2 de junio, si en este mes llega la letra”.

Montalvo estimaba grandemente a Alfaro, de quien, como se ha visto, decía que su corazón era de madre, porque sabía con toda certeza que tras de la seca terquedad del combatiente había una calurosa sensibilidad. Y así, en otra ocasión que supo que dos de sus amigos de Quito iban a Europa, les escribía: “Traten ustedes a este amigo (Alfaro) como a mí mismo, so pena de incurrir en mi mortal resentimiento. No tengan ustedes cuidado de su terquedad: yo respondo de él, y es preciso atenerse a esta indicación mía”. Ya se ha visto antes como en 1882 anunciaba haber pedido a Alfaro el pasaje para regresar al Ecuador.

Sin embargo de haber anunciado su viaje para junio, en realidad no pudo salir de Europa, ya sea porque no le llegó la letra con la que se le enviaba el dinero o ya porque esperaba para su regreso la insinuación, que no llegó, de parte de Alfaro. Es lo cierto que en noviem-

bre de 1883, escribía: “por los periódicos y por cartas de otros he sabido las cosas por las que ustedes están pasando. De Veintemilla en Ordóñez, qué suerte! Ese país no tiene remedio?”

Por este tiempo se había concluído ya la publicación de los “Siete Tratados” y al enviarlos a su amigo Rafael Portilla, le decía: “En el primer tomo hallará Ud. mi retrato en fotografía. Los que han publicado los periódicos están muy lejos del original: en unos más viejo de lo que soy; en otros, más joven. La fotografía es la que más se acerca. Yo deseo la de Ud.; pues no sé si el padre Ordóñez dará puertas, y temo que la ausencia se prolongue”. En la misma carta anuncia que se vuelve a España y que hará un viaje por Cataluña, Valencia y Andalucía. Los “Siete Tratados”, agregaba, han alcanzado un gran triunfo. La carta de Cantú vale mucho. Me han dicho aquí que a ningún autor ha dirigido carta semejante”.

No se equivocaba al creer que iba a perseguirle la intransigencia clerical; pues que el Arzobispo Ordóñez condenó los “Siete Tratados”, circunstancia que hizo que Montalvo escribiera la terrible “Mercurial eclesiástica”, de la cual envió al Ecuador 800 ejemplares a fines de 1884, encargando la mayor circulación.

Mientras tanto, importantísimos acontecimientos habían tenido lugar en esta República. Las fuerzas unidas del interior y de la costa se dieron cita en la provincia del Guayas para atacar el último reducto en el que se refugiara el Dictador, después de que las tropas de Landázuri, Sarasti y Salazar habían entrado en Quito el 10 de enero de 1883, a pesar de la novelesca y heroica defensa que hicieron las tropas dictatoriales, dirigidas por esa mujer singular de hermosura, talento y valor, que fué doña Marieta de Veintemilla. Las tropas unidas entraron en Guayaquil el 9 de julio del propio año, no sin que antes saliera para el Exterior Veintemilla, quien tuvo que vivir primero en el Perú y después en Chile, para regresar al Perú otra vez y reintegrarse a la Patria en la segunda administración de

Alfaro, cuando se hallaba viejo, cansado, pobre; regresó cuando casi fenecido su prestigio, apenas le quedaban amigos. Regresó tan sólo a morir en su Patria.

La situación política del Ecuador en ese entonces era la más singular: la sierra y la costa (Esmeraldas y Manabí) habían formado, cada una su Gobierno; el de la sierra buscaba el predominio del partido conservador; el de la costa tenía a Alfaro a la cabeza y era, por lo mismo, liberal. Al llegar a Guayaquil, los dos Gobiernos buscaron la adhesión y el concurso de esta ciudad para que se decidiera la situación general. Pero Guayaquil no se decidió por ninguno de los dos Gobiernos, sino que formó un tercero. También en Guayaquil trabajaban activamente liberales y conservadores; pues hay que acordarse que el rico hacendado de Guayaquil, José María Plácido Caamaño había formado y conducido un ejército a Mapasingue. Con todo parece que el elemento dirigente liberal era considerable, pues que Salazar, Sarasti, Caamaño y Flores trabajaron en el sentido de que la elección de Gobernador Supremo de Guayaquil no se hiciera por votación secreta sino por aclamación. El General Sarasti en el folleto que publicó en 1884, escribía: "convencidos de que la elección por escrutinio secreto, podía dar un resultado desfavorable y contra la elección del señor don Pedro Carbo que era nuestro candidato para Gobernador Supremo del Guayas, resolvimos que esta elección sea por proclamación pública y provocamos un comicio popular. Esta idea agradó a todos los hombres patriotas y de orden, y desagradó profundamente a los que pensaban en la anexión de Guayaquil al Gobierno de Manabí. El señor Alfaro, como amigo del señor Carbo, no pudo ni debió oponerse a la idea y se llevó a cabo sin dificultad. El día 25 de julio fué aclamado el señor Carbo Jefe Supremo del Gobierno del Guayas, y la Nación quedó con tres Gobiernos".

Don Pedro Carbo se hallaba por entonces en el Perú, desde que dejara el Ministerio de Veintemilla. Era un viejo liberal, de costumbres austeras, de gran

nobleza de espíritu y de arraigadas y firmes convicciones. Pero no el hombre de lucha que se necesitaba en esa emergencia ni era el hombre político, si serlo es no mantener la pureza de las ideas, sino ejercitar las armas de la ductilidad y del ingenio para ganarse partidarios y aprovechar de las circunstancias.

Esto lo comprendían perfectamente los jefes conservadores cuando **resolvieron**, como dice el señor Sarasti, que fuera elegido el señor Carbo, a quien se le llamó de Lima. Además, Carbo era hombre de una sola pieza, sin la flexibilidad suficiente para tomar en cuenta la anormalidad de las circunstancias y desarrollar una acción decidida; que en muchas ocasiones la parsimonia que quiere ser ecuanimidad no es sino timidez y falta de resolución. En lugar de hacer causa común con Alfaro, el Sr. Carbo quiso dirigir un gobierno propio y principió reclamando contra los actos que le parecían contrarios a la soberanía de Guayaquil, apunta Sarasti. Y ya veremos después, como Montalvo acusa de una manera terminante a Carbo por su anómalo comportamiento.

Había que examinar con más despacio las causas que influyeron para el procedimiento observado por Carbo, aun cuando puede afirmarse con el General Mata que "el Gobernador Carbo, hombre por demás pacífico, se dejó imponer; y él y Alfaro se vieron en breve reducidos a las mismas condiciones que los dictatoriales; y aun peores poco después." Se daba el escándalo frecuente en las repúblicas indoibéricas de olvidar el esfuerzo patriótico ante la ambición partidarista o personal. Hasta el día anterior habían combatido juntos liberales y conservadores en contra de la dictadura y en defensa de las leyes conculcadas; ahora se corría cada minuto el riesgo de que los dos ejércitos se fueran a las manos, importándoles un pito la libertad y la ley.

¿Cómo pudo zanjarse el conflicto? Casi no puede comprenderse; es la verdad que el 19 de agosto los tres

Gobiernos dictaron el decreto que convocaba la Asamblea Constituyente para el 9 de octubre próximo. “Las elecciones para la Convención—dice el General Mata—se llevaron a cabo en la forma más escandalosa en casi todas las provincias del interior.... Una sociedad de liberales fué asaltada por algunos centenares de **descamisados** cristianos, a quienes se lanzó a la matanza provistos de garrotes ferrados y ahitos de aguardiente: no es improbable que se les haya **fortalecido** también con pan bendito”.

En efecto la reacción conservadora fué formidable y para la Asamblea apenas si los liberales pudieron elegir a pocos de sus correligionarios, de tal manra que el resultado podía preverse, y más si a todo esto se añade la desunión de los liberales que les hizo andar desorientados y vacilantes; pues lejos de proponer a sus propios caudillos, aun cuando fuera para salir vencidos, se propusieron apoyar a alguno de los conservadores, lo que no hizo sino provocar la unión de los diferentes aspirantes, los cuales como necesaria transacción escogieron a un hombre que hasta entonces había figurado poco o casi nada en política, pero de clara filiación conservadora, Caamaño.

Cuando se hojean las actas de esta Convención se puede calcular la desorientación en que se encontraban los pocos liberales que allí había. En los comienzos pusieron la esperanza en los preceptos constitucionales que acordaran una nueva forma de Gobierno, tal como lo había propuesto el General Salazar. Se trataba de la representación plural o impersonal, como se decía entonces, aduciéndose el ejemplo del Gobierno de los Cantones Suizos; en tanto los conservadores que estaban en contra de este proyecto alegaban como razones en contra, la de que un gobierno de esta clase podía ser poco favorable para la religión. ¡Viejas cuestiones bizantinas!

A esta época se refiere Montalvo en las cartas que conocemos y en la publicada por la revista **Entelequia**,

dirigida al General Francisco Hipólito Moncayo, el 15 de diciembre de 1883. Los liberales en fracaso, se desbandaban; el General Moncayo, a lo que parece, iba de maestro de escuela a Manabí y le comunicaba su decisión a su amigo y jefe, quien al contestarle se refería al resultado de la revolución. “Yo nunca dudé, dice, del resultado que ha tenido la revolución: a Eloy le sobran las virtudes del soldado y el héroe, pero le faltan los defectos del hombre de estado, el político; defectos sin los cuales no hay triunfo para las buenas causas ni los hombres de virtud; defectos que son las grandes y nobles prendas de las naciones que caen en manos de los hombres bien intencionados, cuando la Providencia quiere al fin sacarlas a paz y salvo.—A nuestro don Pedro le propondremos al pontífice romano para su canonización; pero por Dios, no le molesten ustedes otra vez encargándole una revolución. ¿Cuándo, cuándo saldremos de ese caos sin el ímpetu y la temeridad? Ése “no conviene” de los sesudos será la perpetua ruina de los liberales”.

Sospecho que esta carta está mal copiada, pero con todo, la intención es clara y más todavía si se consultan otras cartas de esta mismo época. ¿Qué cualidades de político exigía de Alfaro? El arte de gobierno puede ejercitarse en el curso de una administración o en la realización de un proyecto; pero ante lo irremediable de la fuerza mayor, no había despliegue posible de principios políticos. Y si de políticos necesitaba el partido liberal, por qué no vino Montalvo cuando tanto se le llamaba? La causa para que se perdiera tan brillante oportunidad no la tenía nadie más que Montalvo. Todo esto le dijeron los amigos; pues, que el 14 de agosto de 1884 escribía una larguísima carta para disculparse. “Alfaro, escribía, me comunicaba todo, pero en nada estaba de acuerdo conmigo: no se equivoquen ustedes. Un sesudo cualquiera le conviene más que yo; y, como usted sabrá, Javier fué quien le dictó la política que simuló en Guayaquil. Digo que Javier hizo nombrar a

don Pedro Rancio Jefe Supremo; y que esto fué lo que todo lo echó a perder. Hallándome yo presente, no dudo que Alfaro se hubiera dejado guiar por mí; pero, lejos de hacerme invitación ninguna, eché de ver que por allá no deseaban sino mi ausencia. El motivo que alegaba Alfaro para esto, era muy noble y patriótico: decía que quería que yo no fuese responsable de los horrores que iban a suceder, para que los ecuatorianos tengan uno a quien volver los ojos. ¿Qué pude yo haber hecho? patriotismo me sobraba; pero no podía ir a ofrecerme como hombre necesario, cuando los de allá no pensaban así. Todo cargo que me hagan ustedes a este respecto será injusto. Alfaro se equivocó solamente cuando pensó que la guerra y la política son una misma cosa. El es un héroe; pero está lejos de ser un hombre de Estado. Cuántas veces caiga en manos de los sesudos, o digamos más bien, cuantas veces se ponga en esas manos, saldrá mal. En vez de hacerme a mí esos cargos, ¿por qué no los hacen ustedes a él? A él y a los de Guayaquil deben ustedes escribirles. Embelesados en su don Pedro Rancio, y encantados con él, éstos jamás verán el hombre que necesitan. ¿Supo usted que el viejo funesto le negó toda cooperación a Alfaro?"

Esta carta no tiene desperdicio: acentúa el pensamiento expuesto en la dirigida a Moncayo, acerca de guerreros y políticos y de la falta que tenía Alfaro de dotes políticas, aseveraciones que iban a ser desmentidas años después por el viejo combatiente. Que Alfaro se dejó guiar cuando la elección de Carbo! El Ecuador que conoció a Alfaro, tiene que rechazar esta afirmación, que no fué Alfaro hombre para dejarse imponer opiniones por los más sagaces políticos; la elección de Carbo, el cual con tanto irrespeto es tratado en esta carta, obedeció a causas que ya hemos visto, a influencias que conocemos y a las que no se pudo oponer Alfaro.

Más bien se puede afirmar que no era Montalvo hombre apropiado para las luchas políticas y nunca pu-

do hacer Alfaro tanto bien al Ecuador, como cuando impidió, con sus reflexiones, la vuelta del escritor. Era necesario que a la Nación quedara un hombre impoluto, aunque bien sabemos que no son éstos los más a propósito para imponerse a la consideración de los pueblos.

En otra carta de estos mismos días se queja Montalvo amargamente de los liberales ecuatorianos, quienes resolvieron más bien apoyar a Ramón Borrero, en lugar de dar sus votos en la Asamblea por Alfaro o mejor aún por Montalvo. Para este comportamiento influía la política, y eran los sesudos, los viejos liberales, los que tenían los defectos políticos de que hablaba Montalvo, quienes así lo habían decidido. Habla de la combinación liberal que hizo que el grupo constituyente votara por Borrero y escribe: "Deseo en el alma saber que usted no ha tomado parte en ese negocio tan torpe como infame. Quiero que me queden en Quito dos o tres amigos a quienes estimar y querer. El voto de usted ha debido ser, desde la primera vez, por Eloy Alfaro, para perder con honra. Pero qué corrompido ofuscamiento es ese de ese partido innoBLE, que no pierde ocasión de manifestar su ineptitud y su vileza con algún escándalo? Veintiséis votos de liberales por el más incapaz y desacreditado de los quiteños, cuando con esa respetable minoría se debía honrar el patriotismo y las virtudes, y premiar los servicios de uno como Eloy Alfaro! Ahora están ustedes conspirando contra Alfaro y contra mí en favor de los Borreros. Dirá usted que así lo deciden; ¿quiénes? Los viejos. Pero a los jóvenes les toca el valor, la resistencia, la idea nueva y grande; y cuando los viejos no son grandes caudillos, los jóvenes hacen su deber consultando su propia conciencia impulsados por la sangre de sus venas. ¿Los jóvenes son carneros? 26 votos ponen ustedes, por 6 u 8 que pondrán los morlacos; y todo es para los floreaños del indio Ramón. Caso de aceptar ese horrible partido, ustedes debían haber puesto por condición *sine qua non*—Eloy Alfaro, Comandante General de

Guayaquil, para tenerle por las narices al traidor Borrero. Yo, ni en eso hubiera entrado, porque sé que para almas elevadas vale más sucumbir con honra, que triunfar con infamia y vergüenza. Acababa Ramón Borrero de hacer la apología de Flores en plena Cámara; todos ustedes saltaron de indignación; y he allí que ese Borrero es el candidato de ustedes. Cuáles son más ruines, los terroristas o los liberales? Ya sé lo que responderán algunos,—“por evitar la persecución”. Antonio Borrero, Presidente hecho por nosotros, no solamente toleró, sino también fomentó las tentativas de asesinato que se hicieron contra mí en las calles de Quito. Y en resumidas cuentas, para evitar la persecución no es necesario cubrirse de vergüenza, y desmentir, y escarnecer, y sacrificar a los buenos”.

Esta es una de las cartas políticas más importantes de Montalvo y corresponde a la agitación de la época; se defiende y ataca; habla otra vez de políticos y caudillos, pero aquí ya sufre una pequeña desviación el anterior concepto y hasta puede decirse que se confunden los términos. Es indudable que Montalvo creía primeramente en que su situación política le daba derecho a la jefatura del partido liberal y al gobierno de la República, y así, se lee en el tomo III de “El Espectador”: “Quiera el cielo que nosotros, si descomponemos la frase castellana para darle aspecto y contornos de francesa, compongamos algún día la República, enderezando nuestras leyes, nuestras propensiones y costumbres.

El Ecuador siguió atormentado y febril. Subido Caamaño a la Presidencia, pronto encontró ocasión este Presidente para presentarse fuerte y cruel en contra de los levantamientos liberales: el 6 de diciembre de 1884 tuvo lugar el célebre combate de Jaramijó, y hasta el 20 de marzo de 1887 en que fué fusilado Vargas Torres, la administración de Caamaño no constituyó sino un combate y un desangre, una guerra declarada a muerte entre liberales y conservadores.

A esta época pertenecen las cartas de Montalvo dirigidas a Federico Malo y publicadas por la Municipalidad de Cuenca. Comienzan en 1885, poco después de la publicación de los "Siete Tratados". El joven Malo llega a París desde la lejana Cuenca del Ecuador y procura acercarse al magno escritor con toda la estimación y admiración que un ecuatoriano liberal debía tener para el genial escritor y el combatiente irreductible, para el baluarte del partido. Malo le escribe con motivo de los "Siete Tratados" y le da su aplauso. Montalvo que, en efecto, era muy sensible a las demostraciones que se le hacían con ocasión de sus obras, lo expresa así, y más cuando este género de demostraciones estaba muy "en oposición con la guerra infame que me hacen los clérigos y los terroristas del Ecuador; guerra de mentiras y difamaciones. Pero el que cae en mis manos queda muerto, como le ha sucedido en mala hora al inquisidor N. N. (¿por qué ocultar este y otros nombres a los que se refieren las cartas, cuando son tan sabidos de todos los ecuatorianos?), quien no volverá a predicar contra mí, ni a publicar pastorales llenas de falsedades y desvergüenzas". Luego viene en esta carta un elogio de la juventud; pues, como ya se ha visto por otros fragmentos de cartas, Montalvo encontró muchas desilusiones entre los "sesudos" y los viejos liberales, y, en los últimos años, toda su confianza se volvió hacia los jóvenes.

Con esta carta principia la correspondencia establecida en París, el 26 de febrero de 1885, entre Montalvo y Malo, para continuar después constante y afectuosa, hasta constituir una estrecha y leal amistad entre los dos ecuatorianos. De lo expresado en las cartas se desprende que Malo dió importante apoyo para la publicación de "El Espectador", la última obra editada bajo la viigilancia y el cuidado de Montalvo. En efecto, por las cartas que se cruzan, desde enero de 1886, se comprende que se trata de la publicación de una obra de Montalvo, cuyo título "El Espectador" sólo se expresa el 10

de julio del propio año en que se busca la manera de enviarla a Panamá, Bogotá y Guayaquil.

Montalvo además de escritor era un bibliófilo: cuidaba de los caracteres de imprenta y del papel en que se hacían no sólo las publicaciones, sino también en que se escribían los originales; y así, en agosto, dice a su amigo: "Mientras se pueda hacer el papel que yo deseo, me habré de contentar, para lo más urgente, con el cuya muestra me envía Ud. Pero poco, porque en realidad no es de lo mejor, y la raya es muy estrecha. Dé orden que me remitan **une remelte** y lo más pronto posible, porque, por falta de papel, está suspendido el trabajo".

"El Espectador" había producido efectos extremados: le felicitó la **Revue Britanique**; en Guayaquil se hubieran vendido 300 ejemplares sin dificultad, si bien no habían llegado los mandados a Panamá y probablemente tampoco llegarían a Bogotá. La impresión del tomo II tuvo algunas dificultades, para salvar de las cuales contribuyó su amigo Malo, quien tuvo que regresar por este tiempo al Ecuador, a donde le escribía Montalvo, en julio de 1886, comunicándole que "El Espectador" se había impreso **al fiado** y el buen éxito obtenido. "Me han escrito, le decía, de España que este tomo "es muy superior" al primero. Con decirle a Ud. que Menéndez y Pelayo me ha escrito felicitándome, dicho se está que el librito ha alcanzado un triunfo. Y no vaya Ud. a pensar que me he hecho clerical; al contrario. El capítulo de "la mendicidad en París" es lo que más ha llamado la atención". El tomo III salió en marzo de 1888 y esta publicación fué la causa indirecta de la muerte del escritor.

Pero el afán literario nunca hizo que descuidara la política. La administración de Caamaño, aciaga para el partido liberal, iba a terminar y era necesario intervenir en las próximas elecciones con el fin de suavizar la tirantez a que se había llegado y procurar una transición que hiciera posible la subida pacífica del partido liberal al gobierno del país. En las circunstancias en

que el partido se encontraba no podía creerse que la elección recayera en un liberal de subidos quilates y era, por tanto, suficiente con un hombre de buen sentido que no viniera a aumentar leña de intolerancia e intransigencia sobre la pobre república. ¿Cómo pensar en un liberal declarado, si en las Cámaras se expresaba con el mayor énfasis que la emancipación de la razón humana de toda autoridad estaba condenada por la iglesia? ¿Cómo pensar en el triunfo del liberalismo, si la reacción era más negra y más fanática? “En las comarcas afortunadas donde el que no se confiesa es pasto de perros, medite despacio el moribundo, porque, ¡cuán triste herencia para los suyos, si esos huesos están blanqueando pelados por las aves carnívoras en un lugar tenido desde entonces por maldito! Cosa rara; todos desean volver a morir en su patria; yo deseo volver a vivir algunos años en la mía, y salir a morir entre cristianos”; así escribía Montalvo, por estos mismos días, en el tomo III de “El Espectador”. Quería volver a la Patria de la que tantos años estaba ausente, pero como sabía que le esperaba la intransigencia, listas las garras para herirle, cobraría fuerzas con el contacto de la tierra natal y regresaría otra vez a París donde sería respetada su manera de pensar. No pudo cumplir el deseo de venir a despedirse de los suyos.

En las cartas de 1887 y 1888, la política vuelve a recuperar el puesto preponderante y los hombres públicos del Ecuador son mencionados y analizados una y otra vez: Manuel Larrea, “hijo de aquel antiguo tan notable”, liberal moderado y manso, aristócrata, católico, rico; Luis Cordero que no parece de la tela del padre Alcocer “que da órdenes de prisión en virtud del Concilio de Trento, a los ciudadanos civiles”, que es hombre ilustrado y moderado; Camilo Ponce, cuyo “triunfo sería el triunfo de la más negra y triste noche en nuestro desventurado país, y los que no huyeran al vuelo acabarían en las hogueras de la inquisición, no lo duden ustedes”; Salazar . . . “mil veces Flores antes que ese triste personaje”.

Con la llegada a París, a fines de 1887, del Dr. Agustín L. Yerovi, el criterio cambia, se contagia del entusiasmo de este joven, vuelve a renacer su fe en el porvenir y persuadido de que "es punto de honra en un partido alzar cabeza y bandera siempre que se ofrecen ocasiones", aun sin la esperanza del triunfo, resuelve que se formalice la candidatura de Clemente Ballén, liberal ilustre que vivía en París; pero bueno tan sólo para que figurara como bandera en ese momento desesperado.

En estas cartas se reflejan la incertidumbre del partido liberal, que al andar en busca de políticos descuidaba de sus caudillos y alejaba por lo mismo la posibilidad del triunfo. El sucesor de Caamaño fué Antonio Flores, hombre que si bien mantenía la tradición conservadora, tenía amplísima cultura e inició un nuevo y plausible método de gobierno. Pero ni este interregno sirvió para la compactación del partido liberal; cuando se buscaba el sucesor de Flores, se pensó otra vez en Ballén y ante su renuncia, el partido liberal resolvió apoyar la candidatura de Ponce!!

Para entonces ya no existía Montalvo. Joven era todavía y nada hacía pensar en la muerte próxima. Las cartas que hemos visto, de enero y marzo de 1888, no hacen presumir ni siquiera una posible enfermedad. Escribe a su sobrina Lucila y le dice con honda nostalgia: "Mucho me alegro de que piensen ustedes en incorporarse de nuevo y vivir todos juntos; aunque siento que dejen para siempre el lugar de nuestra cuna y el techo de nuestros padres". Luego le habla acerca del encargo que le ha hecho de unos anteojos y escribe: "Para ver a la distancia, yo también tengo anteojos, que cargo al bolsillo; y siento mucho no haber conocido este admirable arbitrio hacen veinte años que tan mal he visto".

Pero la enfermedad había estado acechándole. Yerovi, su bueno y fiel amigo, lo ha narrado. "Una tarde de la primavera del 88 salía fatigado de corregir las últimas pruebas (del tomo III de "El Espectador"). La atmósfera tibia y transparente de la mañana, había cambiado durante las horas del trabajo. Una lluvia torren-

cial tomó a Montalvo sin abrigo en el trayecto hasta su casa". Al día siguiente el eximio escritor yacía prostrado con dolores intercostales. Los dolores, después de persistir cosa de un mes, desaparecieron como por encanto, lo que hizo que los médicos equivocaran el diagnóstico. Cesaron los dolores, pero le acometió una fiebre lenta y constante. Los meses iban pasando sin que encontrara mejoría.

En algún breve respiro de esta enfermedad, que le iba minando traidoramente, pudo imponerse de las cartas que le llegaban del Ecuador y supo que la maledicencia, no se sabe si de propios o ajenos, esto es, de liberales o conservadores, le hacía claudicar de su altivez e independencia, dando como hecha su aceptación del consulado de Burdeos. Malo le había felicitado por este nombramiento; Montalvo, después de congratularse por el matrimonio que le participara su amigo, le escribe también sobre aquel asunto, y le escribe en francés, después de una grave y larga enfermedad que le puso a dos dedos de la sepultura, después de 6 meses de sufrimiento, que ha quedado de tal manera que necesita de una mano amiga para que le escriba la contestación. La firma con que suscribe esta carta—lo hace notar el Dr. Baquerizo—es "muy diversa de aquella que llenaba con gentil desembarazo casi todo un renglón del papel en que escribía. Se advierte en ella el temblor producido con tan largo padecer; ya no se extiende y se dilata, antes se estrecha y se recoge como en una contracción del dolor que hiere y mata al cabo al esforzado y excelso caballero."

De esta triste y penosa época debe ser la breve es-  
quela que tengo ante mi vista, y que dice: "Mi querida Lucila,—Dile a Pancho que entregue esa carta a Orteguita y le obligue a ponerla en la primera página de su periódico. Es preciso que esta intriga sea desbaratada.—Salgo del sepulcro después de tres meses de cama, y no puedo todavía ni guiar la pluma.—Juan." También el texto se halla escrito por una mano amiga y,

al parecer, femenina. También la firma es dolorosa, de un hombre acabado.

La enfermedad de Montalvo debió durar desde el mes de marzo de 1888, hasta el 17 de enero de 1889, en que falleció, después de haber sufrido con entereza punciones y operaciones, que no pudieron doblegar su férrea voluntad. Iba a morir y le decía a su amigo Yerovi: "Sólo siento que toda la vida se contrae en mi cerebro. Podría componer hoy una elegía que no la he hecho en mi juventud." Así, plácida y elegantemente, murió el luchador y el soñador, que acaso en sus últimos instantes volvería a ver en su mente el lugar de su cuna, el techo de sus padres y la desventurada patria a la que tanto amó, por la que tanto combatió y a la que tanta gloria legó, después de su muerte.

Al revisar las cartas que he podido tener a la vista ha habido necesidad de recordar brevemente los principales acontecimientos históricos a los que Montalvo se iba refiriendo; pero también, sin quererlo, se ha hecho la historia de los libros de nuestro célebre escritor, pues si bien las cartas comienzan desde cuando se hallaba desterrado en Ipiales y, por tanto, después de la publicación de "El Cosmopolita", hay frecuentes referencias a ella, como cuando se negaba a colaborar en "El Joven Liberal", por que no estaba bien que se convirtiera en joven liberal quien era viejo cosmopolita. Muchos otros datos respecto de sus publicaciones en hojas sueltas pueden recojerse y aun determinarse con exactitud la parte que le correspondió en la publicación de "La Candela", junto con otros datos interesantísimos para el estudio de la época y de la psicología de Montalvo, nuestro máximo escritor, de quien nada debe olvidarse.

Por lo mismo que las cartas son confidenciales, en las que el hombre se desnuda para hablar con sinceridad, constituyen un documento más apreciable y que contribuirán para exaltar más la figura del insigne luchador quien si confiesa que pueden registrarse en sus escritos algunas violencias nadie descubrirá asomos de

mala fe. Y esta honrosa aseveración, en un escritor del temperamento de Montalvo, le confirma con la correspondencia en la cual se ve cómo pide datos para atacar a sus enemigos, pero quiere que esos datos sean verídicos, y se exaspera ante la diversidad y contradicción de los que recibe.

En otros países en que no se deja sin publicar nada de cuanto toca a un hombre ilustre, quien por el mismo hecho pertenece al público, se han examinado largamente las razones que en pro y en contra podía haber para publicar las cartas con datos privados, para entrar en la vida íntima, para descifrar y compaginar aspectos y pensamientos de las obras y de los procedimientos de esos hombres, y se ha llegado al acuerdo de que todo lo está permitido a la posteridad, porque, como he dicho, el hombre público pertenece a su pueblo.

¡Qué interesante sería la publicación del epistolario de Montalvo y cuánta luz vendrá a dar para la exégesis de la obra y para el estudio de la psicología del grande hombre! Ojalá se emprenda en la obra, ahora que tan hermoso ejemplo ha dado la Municipalidad de Cuenca.